

Globethics Repository



Para que la noche quede atrás [For night stay behind]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Sanz López, Víctor
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-12 20:12:20
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221394

Para que la noche quede atrás. La Sinrazón de las FFAA.

Víctor Sanz López

Víctor Sanz López: Doctor en Historia en la Universidad Complutense de Madrid y profesor asociado en la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela.

¿Por que las FFAA, creadas para defender a un país de los peligros externos, se convierten, en un momento dado, en ejércitos de ocupación de su propio territorio?

Los golpes de Estado y las violentas rupturas institucionales no se producen caprichosamente ni por la ambición de un grupo de militares ni por la avidez de políticos aventureros. Para el autor, esta irrupción de las fuerzas armadas en la vida política de un país la ocasionan los momentos de crisis, de descontento, de irresponsabilidad política, que es cuando muchos piensan que la solución está en la mano dura y expeditiva de los militares. Otro espejismo bastante extendido es el creer que los militares detentan el monopolio del patriotismo. Sin embargo, la historia ha demostrado y sigue demostrando que todos esos elementos (civiles y militares) que tan enfáticamente se declaran nacionalistas y defensores de los "sagrados intereses de la patria" tienen la curiosa tendencia a confundir esos intereses con sus propios, menos sagrados, intereses. Igualmente ocurre con la corrupción que para muchos ingenuos se acabara entregando plenos poderes a los militares, en circunstancias que se ha comprobado reiteradamente que ésta aumenta, cuando ellos detentan el poder. Estas y otras reflexiones llevan al autor a fundamentar una solución que, de antemano advierte, puede escandalizar o dejar perplejos a muchos: la disolución de los ejércitos nacionales.

La amenaza de que las fuerzas armadas, creadas para defender al país de los

peligros exteriores, se conviertan, en un momento dado, en factor perturbador del pacífico desenvolvimiento de ese país, pesa sobre casi todos los pueblos de la tierra. Ni siquiera los países que parecen exentos de ella por estar sometidos a la dictadura de un partido que ha formado a sus propios militares, permanecen a cubierto de ese flagelo, como lo demuestra el ejemplo de Polonia, en el que se une la muy concreta amenaza de la intervención externa. Cabe entonces preguntarse a qué se deben las excepciones existentes.

Por poco que se las observe, aparecen, en ellas, unos cuantos rasgos comunes: gran desarrollo industrial, alto nivel de vida general, atenuadas diferencias sociales, instituciones vigorosas y consolidadas por un largo ejercicio, problemas y roces internos mantenidos dentro de ciertos límites, tolerancia recíproca surgida del prolongado ejercicio de la libertad y de la aceptación general de las reglas del juego. Y si se observa a la gran masa de los países restantes, entre ellos, la mayoría de los americanos, que son los que mas directamente nos interesan, pronto aparecen, en mayor o menor medida, una serie de rasgos comunes y opuestos a los anteriores: economía predominantemente agrícola o agropecuaria, instituciones inestables, acusadas diferencias sociales, numerosa población marginal, graves conflictos internos y aceptación insuficientemente generalizada de las reglas del juego, por hallarse este más o menos desnaturalizado. Esta simple comparación perfila las grandes líneas del problema y los caminos de su posible superación.

Se trata evidentemente de un proceso de largo aliento, pero que puede empezar a transitarse y entorno al cual son posibles algunas reflexiones. La primera es que los golpes de Estado, las violentas rupturas institucionales, no se producen caprichosamente ni por la sola ambición de un grupo de generales o de un político en quiebra o ávido de reforzar su autoridad. Estas situaciones existen en todos los tiempos y latitudes; pero sólo se concretan y triunfan cuando las circunstancias generales las favorecen. No es, pues, tanto a las personas a las que hay que prestar atención, sino a las situaciones mismas. Sin que esto exima, por supuesto, de prestar una mayor atención a personas que pueden ser, llegado el momento, particularmente peligrosas. Pero sin olvidar que esas situaciones pueden convertir en peligrosas a personas aparentemente inofensivas. De ello, sobran los ejemplos. Pero el del Uruguay es bien significativo. Durante muchos años, su ejército aparecía como el más respetuoso de la vida institucional de toda la América Latina. Parecía que podía confiarse plenamente en él. Sin embargo, variadas las circunstancias, se puso, en poco tiempo, al nivel de los peores del continente en todos los ordenes. La experiencia es vieja en ese sentido y está condensada, con carácter más general, en los conocidos refranes de que "la ocasión hace al ladrón" y que "quien quita la ocasión, quita el peligro".

CAUSAS DE LA IRRUPCIÓN MILITAR

La ocasión, para la abrupta irrupción de los militares en la vida política de un país, son los momentos de crisis, en que los problemas, agravados, golpean a un mayor numero de personas, aumentando y extendiendo el interés por las cuestiones

políticosociales. Paulatinamente crece el número de descontentos y el de los que están dispuestos a afrontar los riesgos que necesariamente acarrea la manifestación del mismo. Mientras que la represión de ésta, aumentará el descontento y los disturbios e incidentes, provocarán el malestar de los muchos que sólo aspiran a que les dejen vivir tranquilos, aunque mal.

Contribuye, sin duda, a agudizar la situación, la irresponsabilidad de tantos políticos, incapaces de elevar su vista por encima de sus conveniencias o rencillas personales, la actitud egoísta y suicida de los grandes intereses afectados, y la impunidad con que siguen actuando los llamados "ladrones de cuello blanco", a causa de la lentitud con que se atacan, cuando no la complicidad e hipocresía con que se encubren o toleran, esos abusos. Los cuales adquieren singular relieve en los momentos en que se pregona la necesidad de sacrificio sin predicar con el ejemplo.

Y, a medida que la situación se agrava, aumenta también la tendencia, muy humana, a esperar y confiar en una solución exterior, rápida y contundente. Así ha ocurrido desde los tiempos más remotos. El hombre siempre ha considerado más fácil encomendar la solución de sus dificultades a fuerzas externas, cuando se cree incapaz de superarlas por sus propios medios. Unas veces, serán poderes sobrenaturales, otras, el capricho de la suerte y, muchas aún, un individuo o grupo de individuos, que aparentan estar mejor dotados que los demás, y a los que, en el desborde de la esperanza, se atribuyen más cualidades de las que realmente tienen, sin percibir sus limitaciones. Mientras no se tuvieron medios de defensa contra el rayo, sólo se esperaba salvarse de él mediante un favor especial de la divinidad. Pero desde que Franklin inventó el pararrayos, hasta las iglesias acabaron por proveerse de ellos, a pesar de haberlos considerado, al principio, como un instrumento demoníaco que se enfrentaba a la autoridad de Dios. Pues en ese sector que cifre sus esperanzas en la mano habitualmente dura y expeditiva de los militares, para que aplique el bisturí en las causas que engendraron el desorden y la crisis, encontrarán ellos el imprescindible apoyo, tácito o manifiesto, sin el cual difícilmente podrían llevar a cabo su empresa.

También son más numerosos, del lado de estos, los que, en los momentos críticos, experimentan un creciente interés por los problemas generales. A quienes la experiencia reinante en el cuartel llevará, en superficial deducción, por la falta de experiencia en el otro terreno, a desear lo mismo para la sociedad en que están inmersos. Y a mirar a los protestatarios con los mismos ojos con que, en el cuartel, miran a los indisciplinados que, rompiendo la rutina, perturban el orden imperante y molestan a los que se encuentran a gusto en aquella. Porque también es reacción muy generalizada el atacar los efectos, sin tomarse el trabajo, ciertamente más espinoso, de penetrar en las causas. Así, muchos que no tienen intereses coincidentes con ellos, acaban por situarse al lado de los poderosos, que también claman por el orden que les asegure el disfrute de sus ventajas y privilegios, en actitud que tipificara brutalmente Carlyle, proponiendo que el problema social se resolviera enseñando a los cerdos a morir sin gritar.

Lo que ciertamente solo puede lograrse por procedimientos cortantes, similares a los empleados en los cuarteles. Generalmente, el militar, por formación, costumbre y mentalidad generada o fortalecida en una u otra, tiende a enfrentarse a los problemas en la forma de Alejandro Magno, uno de sus modelos preferidos, quien, incapaz de desatar el nudo gordiano, lo partió con su espada. Y, como suelen creerse los mas fieles guardianes del fuego sagrado de la patria, sentir un desprecio de casta privilegiada por el resto de la sociedad y tener conciencia de la superioridad que les dan sus armas sobre el pueblo indefenso, la tentación de intervenir, como quien cumple un deber, se hará, llegado el momento, irresistible, y tanto más cuanto más insistentemente se lo sugieran los interesados en contar con su apoyo para servirse de ellos. A lo que ayuda, en muchos casos, el parentesco con estos de los más encumbrados, que arrastran a los otros. Al tiempo que la costumbre de ver, en el enemigo exterior, un candidato a ser eliminado, les hará encarar la actuación contra el nuevo enemigo interno, en forma igualmente despiadada, sin ver delito en su supresión.

Pero los militares no son ideólogos. La ideología ha de serles suministrada por los civiles. De ahí la responsabilidad compartida a que se refiriera el presidente Alfonsín. Su condición de "brazo" no se pierde porque, en lugar de serlo de la nación, actúen internamente. Incluso donde y cuando parecen proceder en forma más independiente, no es difícil descubrir el substrato ideológico y propagandístico (más propagandístico que ideológico) elaborado por un sector civil y esgrimido por éste a la puerta de los cuarteles. Aunque, en el momento inicial, tengan una efectiva y determinante gravitación, esto no suele durar mucho y pronto se recurrirá a un civil, al menos, para que oriente la economía, en beneficio de ese sector cuyos intereses se defienden, en medio de la verborrea pseudopatriótica, simple columna de humo para ocultar esa realidad.

Pues no hay que perder de vista que hablar de la intervención de las fuerzas armadas en la vida política de un país es una expresión engañosa que oculta una realidad más matizada. La de que esa intervención no es obra del conjunto de dichas fuerzas, sino de sus más altos jefes o parte de ellos, que arrastran a los demás haciendo jugar la disciplina voluntaria o impuesta. Y, como, en función de esa disciplina, la mayoría se deja llevar por ese impulso promovido desde arriba, ya sea por inercia o por compartir los objetivos, como consecuencia de la formación recibida, los elementos neutros encuentran menos comprometido no oponerse (en espera de que los beneficios resultantes les coloquen decididamente de ese lado), y los que hubieran deseado oponerse se ven sin fuerzas para contrarrestar el alud, que acaba por arrastrarles también. Esa inercia, ese espíritu de obediencia al de arriba, esa "esclavitud voluntaria" del "quien manda, manda", es el cimiento de todas las dictaduras.

TIMIDEZ O NEGLIGENCIA DE LAS DEMOCRACIAS

Claro que hay otros elementos en juego que facilitan esas empresas e influyen en su aceptación, contribuyendo, con ello, a su éxito y a que se emprendan con mayor

frecuencia. Uno de ellos es la timidez o negligencia de las democracias al uso para castigar de manera ejemplarizante los abusos de todo orden perpetrados por las dictaduras y desnudar públicamente a los que los cometieron. No atreviéndose siquiera a desplazarles de sus cargos. Con lo que otorgan una especie de garantía de impunidad a los futuros infractores y depredadores. El caso de un Banzer, que puede optar tranquilamente a la presidencia de la república y obtiene nutrida votación popular, es uno de los ejemplos más claros. Y ya, a pesar de haber ido más lejos, en ese orden, que cualquier otro régimen anterior, se observa un retroceso en el presidente Alfonsín. Pero timidez aún, el que se juzgue a los máximos responsables sólo por las exacciones cometidas contra los derechos humanos y no por haberse impuesto violentamente al país, lo que debería ser considerado como suficiente delito. Y no cabe olvidar la aceptación de la deuda contraída por las dictaduras militares, a las que esos prestamos contribuyeron a apuntalar. Su pago íntegro por los nuevos regímenes democráticos hipoteca su futuro en beneficio de futuras dictaduras y les asegura la posibilidad de obtener nuevos créditos por la confianza de que serán reconocidos. Cuando una acción conjunta, enérgica y razonada, podría obtener, al menos, un éxito parcial.

Cierto es que no todo resulta factible en la gobernación de un país y que siempre deben tenerse en cuenta muchos imponderables, entre ellos, el vigor de los grupos de presión, que amenazan con arrollarlo todo de nuevo. Pero también es cierto que muchas cosas posibles no se hacen y sí, en cambio, otras innecesarias. Como ejemplo de esto último, pueden recordarse los días de duelo nacional decretados por algún que otro gobierno suramericano de tipo democrático por la muerte de Franco, en respeto excesivo a las conveniencias. Cuando, si hubieran sido consecuentes, hubieran debido declararlos de regocijo público. O haberse abstenido.

Precisamente, algo que facilita el triunfo de los golpes militares (aparte la complicidad de los sectores que sólo aceptan la democracia, mientras no amenace sus privilegios, para unirse al carro de las dictaduras que les aseguren su defensa violenta, tan pronto como los ven seriamente amenazados) es el temor y el excesivo respeto a los pruritos legales, que atenaza a tantos políticos, haciéndoles finalmente víctimas de los procedimientos más expeditivos e inescrupulosos de sus adversarios.

Un espejismo bastante extendido, que también ayuda mucho, es el de creer que los militares detentan el monopolio, o poco menos, del patriotismo, y que, en consecuencia, son los únicos capaces de llevar a cabo una política basada en el interés general bien entendido. La historia ha demostrado y sigue demostrando, sin embargo, que todos esos elementos (civiles y militares) que tan enfáticamente se declaran nacionalistas y defensores a ultranza de los sagrados intereses de la patria, tienen una curiosa tendencia a considerar que lo patriótico es sólo lo que ellos piensan, y a confundir esos intereses con los mucho menos sagrados de ellos mismos o de los que les impelen o ayudan, aunque no tengan plena conciencia de ello.

Muy relacionado con este espejismo e igualmente coadyuvante, es el de creer que la violencia de las nuevas situaciones tiene, al menos, la ventaja de salvar al país de la corrupción en que le dejan debatirse tantos gobiernos democráticos. Mas aún: casi todos los golpes militares se justifican en aras de ese objetivo. Pero, en la gran mayoría de los casos, eso no es más que un burdo pretexto. Un ejemplo muy ilustrativo de ello, aunque menor, se produjo cuando la universidad uruguaya fue intervenida por la dictadura. Como justificativo, se trató de tipificar todo un perfil de corrupción y desorden en torno a las autoridades destituidas. Pues bien, uno de los cargos que se hicieron a la Facultad de Humanidades y Ciencias fue la excesiva facilidad para otorgar, por un tiempo, títulos de licenciados en Ciencias. La facilidad era ciertamente abusiva, pero la alianza de diversos intereses había triunfado de las resistencias que se le opusieron. Ocurrió, sin embargo, que las nuevas autoridades, tan aparentemente escandalizadas por el abuso, no sólo no lo corrigieron, sino que designaron como decano de la Facultad precisamente a uno de los que se habían aprovechado de ella, y por su simple condición de licenciado por la puerta falsa. No es necesario decir que pronto se alcanzaron tasas de desorden, corrupción y favoritismo que se situaron a años luz de las agrandadas o supuestas que se denunciaron.

Los ejemplos de esto último, no sólo son numerosos, sino que hacen la regla. La ilusión que acarician aun muchos ingenuos de que, entregando los plenos poderes a los militares, se acabara con la corrupción, ha sido reiteradamente defraudada. Y tan reiteradamente se ha comprobado, por el contrario, que aumenta en esas situaciones. Una simple reflexión debería bastar para percibirlo. Cuando resulta tan difícil, en las democracias de este hemisferio, sancionar a los militares corruptos porque, a más de las complicidades de alto nivel con que cuentan, la mayoría de sus colegas se sienten afectados, por espíritu de cuerpo, aunque no sean culpables, cuanto más ocurrirá esto en una dictadura, en la que ni siquiera se vislumbrará la posibilidad de denunciarlos. Si, regímenes en los que la denuncia pública es posible, se cometen impunemente tantos actos de corrupción ¿cómo no aumentarán en proporciones considerables cuando el silencio cómplice y el temor de los posibles denunciantes, aseguren que ni siquiera sufrirá menoscabo la reputación moral? Y si el espíritu de cuerpo funciona aun cuando pueda acarrear el desprestigio resultante del encubrimiento finalmente descubierto ¿cómo no va a hacerlo cuando la existencia misma del poder de que disfruta puede verse en entredicho? Son estas, reflexiones tan simples que sorprende que haya aún quien las ponga en duda.

EDUCACION PARA LA LIBERTAD

Pero, entonces, si los militares tampoco pueden salvarnos de la corrupción y las democracias se revelan incapaces de suprimirla ¿habrá que abandonar toda esperanza como a las puertas del infierno dantesco? Empresa es muy difícil, desde luego. Si existió en democracia tan reducida como Atenas, en que los ciudadanos se mantenían tan cerca de la fuente de poder, sería ingenuo pretender extirparla en

nuestras grandes colectividades políticas. Pero lo que si puede lograrse es menguarla, con los procedimientos que permite la civilización moderna. Por eso la pregunta tiene una respuesta positiva, que se deduce de lo ya afirmado. Si la corrupción aumenta con la ocultación y la esperanza de impunidad, la solución no estará en obstruir las imperfectas vías que permiten las actuales democracias para combatirla, sino en ampliarlas. Lo que no puede hacerse más que profundizando la democracia, extendiendo a sectores de población cada vez más amplios la participación en la dirección de sus destinos. Que no es la participación engañosa y desnaturalizada que tanto se cacareó en años recientes, y que se limitaba a pedir que los ciudadanos efectuaran las tareas que el Estado se veía incapaz de cumplir, aunque cobrara sus buenos impuestos para ello. Se trata de irles otorgando crecientes parcelas de poder decisorio, para que los intereses generales prevalezcan sobre los de los privilegiados y sus cómplices.

Un buen comienzo podría ser una amplia autonomía municipal, en cuyo ejercicio se fuera interesando un sector creciente de población, abriéndose así la perspectiva para la comprensión de más amplios problemas. Junto con la también creciente participación de obreros en fábricas y talleres y de campesinos en explotaciones agrícolas, es la única forma de ir educando a mayores núcleos de población para el autogobierno y la libertad.

Porque es fútil pretexto alegar, para justificar las tiranías, que los pueblos no están preparados para la libertad. Ninguna dictadura podrá educar para ella, por la sencilla razón de que eso minaría su poder y todo poder tiende naturalmente a mantenerse y ampliarse. La educación para la libertad no puede ser más que su continuo ejercicio. De la misma forma que el niño sólo aprende a caminar afianzándose entre trompicones y tropiezos. Ya lo había entendido Kant: *"Se debe ser libre para aprender la forma de usar sus propias fuerzas. La primera tentativa será, por supuesto, incompleta; pero la experiencia nos mostrará el camino"*.

Y si el acrecentamiento de la libertad no representa, por sí solo, la solución de los problemas planteados, porque los hay que requieren de largo aliento para encontrarla, al menos, crea el clima más favorable para resolverlos o aliviarlos. Mientras que toda medida impuesta por la violencia, no hace más que aplazarlos, complicarlos y agravarlos.

Inculcar esta convicción en el seno de las fuerzas armadas y de los sectores privilegiados, haciéndoles adquirir conciencia de los males que, para ellos mismos, puede generar su egoísmo, es tarea que debería acometer todo gobierno lealmente democrático que aspire a subsistir. No es que quepa la ilusión de que sólo por emprenderla se logre el resultado. Porque, mientras no cambien las condiciones, nada podrán hacer las soluciones salvadoras de tipo voluntarista. Pero si la comprensión de los problemas no es condición suficiente para lograr resolverlos, por el juego agobiante y variable de los intereses, no puede dudarse de que esa comprensión es previa e indispensable y ayuda a ello.

Ya que, frente a la confrontación aguda de los diversos intereses en los períodos críticos, no hay más que tres salidas posibles: la dictadura directa o indirecta de los poderosos; la revolución de los oprimidos (que si no cuenta con sólidas instituciones colectivas de participación se encaminará también hacia la dictadura para hacer frente a las dificultades internas y las presiones exteriores); y la de ir dando paso a las exigencias del momento, para que el tránsito hacia una mayor justicia social se opere con las menores violencias posibles. Lo que dependerá, en gran medida, de la actitud de los intereses más poderosos.

No cabe otra vía, aunque las ilusiones se esfuercen por encontrarla, a través, una vez más, de los militares, pero progresistas. Cobraron fuerza tales ilusiones, sobre todo, en los momentos de la llamada "revolución peruana". El deseo de tomar por el atajo hizo cifrar muchas esperanzas en golpes semejantes. Los comunistas uruguayos, por ejemplo, cayeron en la trampa que les tendieron los militares que preparaban el golpe con el anzuelo de los comunicados previos, cuyo objetivo, como pronto se vio, no era otro que el de confundir a la izquierda y lograr una especie de unidad interna en torno a los objetivos reales.

Y es que esos movimientos no pueden tender más que a una dictadura, por la formación misma del militar, basada en el orden y la disciplina, que son sus valores fundamentales, en marcha hacia la uniformidad, es decir, hacia el estancamiento y la rutina, y nunca hacia el fructífero ensayo de nuevas formas de vida. Las fuerzas armadas, por esencia, son conservadoras. Para nadie es un secreto que, entre los militares, la democracia interna y el respeto a las peculiaridades es inexistente. Les falta la formación, la práctica y la mentalidad para ejercerla. ¿Cómo podrían aplicarla en la gobernación de un país, que es algo mucho más complicado que la dirección de un cuartel? Es indudable que, independientemente de su buena intención, recurrirían, para vencer las inevitables resistencias y discrepancias, a los únicos resortes conocidos. Hasta asimilarse a los otros tipos de dictadura.

Cierto que ésta es una pintura muy esquemática, y que no todos los militares pueden ser medidos por el mismo patrón. Pero no es menos cierto que ese patrón calza muy bien con la mayoría y que las excepciones, precisamente por serlo, se ven siempre arrolladas, a la larga, por la mentalidad prevaleciente. Basta preguntarse en que ha quedado la mencionada revolución peruana para obtener una elocuente respuesta. El mesianismo militar no es más adecuado que los otros para encarrilar a la sociedad por las vías del progreso.

Ello se hace extensivo a los ejércitos liberadores (ya sea del enemigo interior o del exterior), que la mayoría de las veces se convierten en opresores de sus pueblos. Y tanto más cuanto más prolongada ha sido la lucha y más se ha ejercitado la disciplina en los de arriba y los de abajo, y más se han acostumbrado todos a los recursos rápidos y heroicos. Para ganar batallas se necesitan cualidades distintas a las que se requieren para resolver los intrincados problemas de la paz. Pero el común de las gentes y los caudillos mismos, tienden a creer que el que ha servido

para lo uno, habrá de servir también para lo otro, y esto ayuda a fortalecer los resortes del poder.

Ejemplos abundan en la historia. Por haber tenido que liberarse a la fuerza, a causa de la intransigencia de los gobiernos fernandinos, tanto absolutistas como liberales, los países hispanoamericanos debieron soportar durante todo el siglo pasado y algo más, la inevitable secuela del caudillismo. Del que se libró el Brasil, precisamente por haber alcanzado su independencia prácticamente sin lucha.

Más de un ejemplo tenemos también en nuestros días, en que se hace hincapié en la disciplina hacia el jefe y los valores militar-patrióticos y hasta se elige sucesor sin siquiera salir de la familia. Lo cual no invalida la legitimidad de la lucha de los pueblos por la independencia política y la emancipación social, cuando se muestra como la única vía posible; pero sí subraya la necesidad de tener clara conciencia de los peligros que entraña.

ADIOS A LAS ARMAS

Todas estas reflexiones encaminan hacia una solución que chocara a unos, escandalizará a otros y dejara dubitativos a los más; pero que es la única verdaderamente saludable: la disolución de los ejércitos nacionales. Faltando el instrumento, no se podrá ejecutar la tarea. Al menos, en esa forma y con tanta facilidad. Se objetará en seguida que el golpe de Estado no es la tarea real de los ejércitos. Pero, en esta América, eso no es más que teoría, pues la práctica dice todo lo contrario.

Si se repasa la historia de todos estos países, en seguida se verá que si las confrontaciones internacionales han sido felizmente escasas en el período de su independencia, los golpes de Estado protagonizados por los ejércitos propios, en cambio, han sido numerosísimos. Es decir, que, para precaverse de un peligro hipotético, y en muchos casos inexistente, todos estos pueblos han estado alimentando un peligro real y reiterativo. Sin contar con que, si se examinan de cerca esas guerras exteriores, pronto se echa de ver que, por lo menos, en su mayoría, se han emprendido en beneficio de intereses extraños. Un elemental calculo de probabilidades nos dice que las fuerzas armadas, en esta parte de América, no sólo no son imprescindibles sino que son, más bien, nocivas. ¿Qué necesidad de ejército puede tener, por ejemplo Uruguay, cuyo territorio, llano y reducido, permitiría, por parte de cualquiera de sus dos eventuales agresores, un simple paseo militar? Costa Rica no ha sido invadida por ninguno de sus vecinos desde que decidió suprimir el suyo. Es verdad que estos son ejemplos muy especiales que no pueden aplicarse a todos los casos, y menos a los países que sostienen justas reivindicaciones territoriales. Pero bastará reflexionar con frialdad, para darse cuenta de que la objeción no tiene peso suficiente.

En primer lugar, porque todos los gobiernos actuales, sin excepción, declaran que sólo pretenden hacer triunfar sus derechos por métodos pacíficos. Y, para eso, si

son sinceros, no hacen falta ejércitos, sino buenas razones. En segundo lugar, porque no parece muy racional que, cuando casi todos ellos cuentan con tantos y extensos territorios por poblar y explotar, se disputen, a vida o muerte, unos cuantos kilómetros cuadrados más. Mas racional sería emplear en el fomento del bienestar de los pueblos que los sostienen, las ingentes sumas que se emplean en mantener dichos ejércitos. Todos saldrían gananciosos, aunque la liquidación de esas diferencias se hiciera cediendo parte de los propios derechos. Porque, cuando tantos y tan serios problemas atosigan a todos estos países, resulta injustificado mantener un aparato tan costoso, en previsión de un peligro que, durante generaciones, no llega a concretarse; pero que, en cambio, constituye otro muy serio, para enfrentar el cual, los pueblos se hallan indefensos.

Existe la paradoja, en efecto, de que se prepara a los militares para una tarea que se desea que no tengan que cumplir. Pero resulta que esa preparación da a más de uno deseos de cumplirla. Porque el órgano inclina a la acción. Y, por otra parte, cuando se trata de perfeccionar esa preparación, se hace, en la mayoría de los casos, sirviendo intereses extranjeros. Pocos estados efectúan maniobras militares por sus propios impulsos y procedimientos. Más bien parecen anquilosados sus ejércitos por falta de medios. Sólo vienen a sacarles de ese sopor, las únicas maniobras efectivas que se realizan, impulsados por la nación hegemónica y en defensa lógicamente de sus propios intereses. Preferible sería que, en lugar de prestar oídos a los cantos de sirena de los nacionalistas trasnochados, que a menudo ocultan la defensa de intereses inconfesables, se inspirarán los políticos de uno y otro lado en las sabias palabras que el cardenal Sandoval dirigió a Felipe IV en plena guerra contra Francia, exhortándole a firmar la paz, aun cediendo territorios, "pues todo cuanto por este camino se perdiera, es nada, en comparación de la ruina que padecemos sus reinos por causa de la guerra". Ya que, como demostrara Voltaire un siglo después, las guerras, en el fondo, las pierden tanto los vencidos como los vencedores. Un arbitraje siempre resulta menos costoso, y con buena y mutua voluntad, como demuestra el ejemplo del Beagle, todos esos litigios pueden ser resueltos.

DESMILITARIZAR AMERICA LATINA

Muy saludable sería extender el principio de desnuclearización al de desmilitarización de todos los territorios al sur del Río Grande, creando un tribunal de arbitraje, integrado con representantes de todos ellos, permanentemente o en turnos sucesivos, y encargado de fallar en todos los conflictos limítrofes pendientes. Claro que esto no es viable a corto plazo, porque chocaría con muchas resistencias, y a más de uno parecerá un sueño. Pero muchos son los sueños que se han realizado a través de la historia. Con "una liga de las naciones en la que cada una, incluso los más pequeños Estados, puedan esperar seguridad y ley" soñaba Kant. Y Condorcet le hacía eco, años después, al otro lado del Rin: *"instituciones mejor combinadas que estos proyectos de paz perpetua que han ocupado el ocio y consolado el alma de algunos filósofos, acelerarán los progresos de esta fraternidad de las naciones, y las guerras entre los pueblos, como los asesinatos, entraran en el número de esas*

atrocidades extraordinarias que humillan y repugnan a la naturaleza". Hoy contamos con la ONU, que ha superado a la Sociedad de Naciones y es susceptible de ser mejorada a su vez; se han diluido las divergencias, tanto tiempo irreconciliables, entre Alemania y Francia, en un mercado común que trabajosamente va sentando las bases de una federación europea y ha tenido repercusión en este continente; y existe la Organización de la Unidad Africana, con propósitos igualmente ambiciosos. Dejemos de lado, en cambio, a la OEA, creada y mantenida para servir los fines y la política de los Estados Unidos.

Claro que, mientras se llega a esa limitada anfictionía, será preciso transitar la etapa intermedia. Un primer paso, en ese difícil y delicado camino, podría ser dado por algunos países más favorablemente situados, en la seguridad de que serviría de ejemplo y estímulo para los demás y les allanaría el camino.

Freno muy importante para las dictaduras militares, y no demasiado difícil de lograr si se pusiera suficiente empeño en ello, sería también lo ya apuntado en distintas oportunidades sin que llegara a concreción. Y es un pacto firme entre los distintos Estados democráticos, excluyendo, por razones obvias, a los Estados Unidos, que podría comenzar con el compromiso de no reconocimiento de los nuevos gobiernos de facto y culminar con la intervención colectiva para derrocarlos. Ese acuerdo podría limitarse a determinadas medidas (lo que siempre sería un adelanto) o abierto a todas en aplicación gradual. Es muy probable que tal concierto agostara en flor los desmedidos impulsos castrenses e hiciera innecesaria la adopción de medidas extremas. El efecto logrado por la solidaridad internacional contra el golpe de Natush Busch, es un claro ejemplo de lo que, en ese sentido, podría lograrse. Ello constituiría también un obstáculo para las veleidades de Washington de implantar dictaduras sumisas, aunque, para alcanzarlo, hubiera que vencer su resistencia más o menos solapada.

LAS FFAA DEBEN INTEGRARSE A LA SOCIEDAD

Pero, en tanto que subsistan, las fuerzas armadas deben dejar de ser casta privilegiada marginal, para integrarse en el seno de sus distintas sociedades, haciéndoles sentir los problemas comunes y participar en su solución. Pero no desde arriba, sino en leal colaboración con los otros sectores. La Doctrina de la Seguridad Nacional, ya afortunadamente superada, debe ser sustituida por la del desarrollo en beneficio del conjunto. Y en esta dirección debe irse orientando el servicio militar, hasta transformarlo en un servicio de prestación social comunitaria.

Esta integración debe iniciarse en las instituciones de enseñanza. De igual manera que no existen liceos especiales para médicos, abogados, maestros o ingenieros, no debe haber lugar, en una democracia, para liceos específicamente militares. Porque su existencia sólo se justifica para una enseñanza de valores distintos a los del resto de la colectividad. Que es lo que se hace en el fondo, creando mentalidades, luego a menudo irrecuperables. La enseñanza de los futuros cuadros del ejército no

debería separarse de la de los demás antes de que la necesidad de la preparación lo justifique para todos: la fase de especialización. Así se diluiría en buena parte el profesionalismo y el espíritu de cuerpo, cuya exacerbación en los que tienen las armas, tan peligrosa resulta para el resto. Y se acentuaría el espíritu solidario con él, del que debieran ser parte integrante y no quiste cancerígeno.

Sólo en estas condiciones resulta admisible el voto de los militares, y hasta sería inevitable, puesto que, una vez integrados en el cuerpo social, esa discriminación aparecería injusta. Pero es, en cambio, sumamente peligroso y hasta, en determinados momentos, suicida, para los gobiernos democráticos, otorgarlo, como se ha propuesto y se hace en algunos países, mientras su apartamiento de la sociedad persista, porque, como ha ocurrido alguna vez, ese voto, que no es libre, puede resultar decisivo.

Es obvio precisar que esta serie de consideraciones generales presentan una visión simplificada del problema, que no puede aplicarse, en la misma medida, a todos los países del área ni caracterizar con exactitud la variable dosificación de los ingredientes que entran en la composición de los distintos golpes de Estado. Pero las visiones panorámicas son previas a las consideraciones particulares y las iluminan poderosamente.